En El Parque

C.J.

Capítulo 1

En la mañana del atardecer de mi vida, desperté con ganas de recordar. Con el cuerpo pidiendo dormir, decidí salir de mi cama a dar el paseo de cada domingo. Tomé una camisa, un pantalón, un abrigo y calcé unos zapatos desgastados, pero no tanto como mis pies de casi 90 años. Cualquiera sería capaz de afirmar que mis canas acreditan gran experiencia y sabiduría. Sin embargo, me temo que terminaré este viaje de la misma manera como lo comencé; con miedo y sin tener idea de lo que se avecina.

El aroma de cada mañana me guía hasta la cocina. En mi biografía abunda el café recién colado y también un sinfín de ironías.

Abandoné el vientre de mi madre un día lunes y mi cuerpo se apaga al terminar la semana, mientras en la cocina me espera Soledad; mi compañera en la mayor parte de esta travesía.

En mi pequeña procesión cotidiana, Soledad, tiernamente besa mi mejilla y me regala el "buenos días" que inicia la jornada que escribe el epilogo de mi vida. Enseguida reflexiono y pienso en los tantos días maravillosos que comenzaron con esas palabras y una taza de café.

Con mi esposa dibujé numerosos episodios de alegría. Juntos afrontamos los sinsabores y las tragedias que tempestivamente tocaron la puerta alguna vez. Escribimos en nuestra historia incontables días normales, esos que no trajeron consigo grandes sustos o festejos. Aquellos poco memorables, pero que también suman a nuestro inventario de días compartidos. Siempre contando con su complicidad para vencer el tedio. Con Soledad descubrí el amor, aunque en ocasiones creí que no soportaría sus locas manías, o sus intermitentes antojos inoportunos, no tardé en entender que todo eso era una pequeño fragmento de ella, que matizaba con sus divinos encantos. Por lo tanto no diferí el aceptar que de toda ella me enamoré. Tomo el último sorbo de café y advierto que el periódico esta vez se quedará sobre la mesa. Esta mañana quiero ojear mi vida. Tratar de revivir todo lo que ha sido almacenado en el sótano de mi memoria durante estos años. Me levanto de la mesa. Abrazo a Soledad; Beso su frente y le digo al oído; "Te amo, Vieja. Gracias por soportarme todos estos años". Ella, inmediatamente responde; "ay viejo, ¿ya habrás terminado de volverte loco? Vaya con cuidado y vuelva temprano." –para ella no existen motivos que admitan melancolía alguna. La vida es un viaje que termina, pero no le interesa gastar ni un segundo pensando en ello. Disfrutará del paseo hasta que el último aliento la tome por sorpresa– "Y no me digas vieja; Aunque estoy un poco marchita, soy la flor más linda de esta casa." Es verdad; es hermosa. Nunca le oculté mi embeleso por ella. Mi corazón lo celebró cada vez que la vi recoger su cabello detrás de su oreja. Con pequeños gestos, aceleraba mis latidos y

estremecía mis sentidos. Fue muy bondadosa al admitir mi compañía desaliñada y poco agraciada. Soy muy afortunado de tenerla a mi lado. Aunque sé que estoy cerca de morir, me mata saber que ya no podré verla.

Es por ello que la miro una vez más e intento que no se percate de mi viaje sin retorno. Nunca he querido defraudarla pero, esta vez, es inevitable.

Capítulo 2

Apacibles son mis primeros pasos. Mi corazón se exalta, mi respiración se hace espesa. Caminar por la acera de siempre me parece escalar por el sendero de una montaña muy alta. Aun así, no tarda en dibujarse frente a mí, la banqueta solitaria en el parque de mis ratos libres. Descanso y recupero el aliento, sentado en uno de los extremos del asiento de madera, bajo la sombra de un frondoso árbol de mango. Es una mañana agradable. Ideal para un rato al aire libre. Sin embargo, solo visualizo a un par de niños intentando hacer volar una cometa, lo que me lleva a iniciar el escudriño en el silo de mis memorias. Sé que alguna vez fui un niño y que mis padres no escatimaron en cariño y afecto para mí o mi hermano, por lo que puedo estar seguro de haber gozado de una infancia feliz. Aun así, supongo que la prisa por crecer no me permitió guardar suficientes detalles de mi niñez. "¡Que rápido dejé de ser niño!" Murmuro al final de un suspiro, mientras presencio la faena de los dos infantes y la cometa.

Rómulo, mi hermano mayor, fue mi cómplice desde el principio. Lo primero que viene a mi cabeza, es aquel día cuando me ayudó a esconder la tetera favorita de mi madre que, por mi torpeza, vi destrozarse en el suelo. "¡te van a matar!" exageradamente exclamó. "Matarme", como máximo, significaba ir a la cama más temprano durante una semana. Estoy feliz de haber tenido el cariño de mis padres. Espero habérselo hecho saber. Esa tarde, mi hermano recogió todos los pedazos de aquel recipiente de porcelana. Los escondió donde nadie los encontraría y me tomó de la mano hasta el jardín para jugar a ser caballeros de armadura. Así fue desde ese momento. A lo largo de mi vida me llevó de la mano, para atravesar todos los momentos difíciles. La noche en la que supimos del accidente que les quitaría la vida a mis padres, me abrazó con firmeza y me dijo mirándome a los ojos, que no debía temer por nada. Siempre estuvo a mi lado y me apoyó cada vez que necesitaba de una mano amiga.

Mi hermano, se encargó del restaurante de mis padres. El plato más exquisito que alguna vez logramos preparar, fue el sándwich con mantequilla de maní, para la merienda vespertina. Otra ironía; Éramos expertos en comer, sin duda, pero nunca aprendimos del arte de aderezar alimentos, a pesar del oficio familiar. Sin embargo, siempre supo maniobrarlo. Era bueno para conquistar a los comensales y velar por las finanzas del local. Siempre tuvo suficiente temple y carácter para lidiar con el personal del lugar. Fue así como, con su trabajo, logró darme techo y comida desde que tengo 16 años de edad. Me hizo terminar la escuela y luego la universidad. Dio la bendición a mi relación con Sole y me ayudó a construir mi hogar. Fue un gran apoyo, el mejor consejero, mi mejor amigo y mi compañero de banqueta todos los domingos, para las charlas domingueras. A veces pienso que aquella trágica noche, en silencio

decidió dedicarse devotamente a guiar mis pasos y velar por mi bienestar. Nunca se casó, ni tuvo familia. Repetía que no tenía tiempo para ser romántico y cortejar a ninguna señorita. Yo, no lo sé. Solo le agradezco su cuidado. No puedo juzgar la forma en la que decidió vivir. Sólo, espero haber vivido con decencia y de forma honorable en su nombre. De una u otra forma, se lo debo.

Años más tarde, Rómulo enfermaría de gravedad y se iría a mi casa. Fue meticulosamente atendido por su cuñada, mientras el cáncer lentamente eclipsaba su vida. Durante esos meses, mi hija tuvo en casa a sus "dos papás". Ana heredó de mí, el cariño hacia Rómulo. Le hacía reír, vigilaba que cumpliera con las medicinas a tiempo y le contaba sus problemas de universitaria. Espero que esos últimos meses, hayan sido el tiempo más feliz de mi hermano. El amor y el cariño que recibió de nosotros, lograban apartarlo de su irremediable destino, permitiéndole gozar de cosas lindas. Las cosas que logré conseguir andando de su mano.

Una mañana de invierno, tardó en incorporarse a la mesa para desayunar. Al no verlo, supe que algo estaba mal. Sabía que había llegado el momento de despedirme de mi héroe doméstico. Corremos a su habitación, en el trayecto más largo de mi vida. Sentía que la puerta de su alcoba se alejaba con cada paso que daba hacia ella, mientras Ana y Sole venían detrás de mí. Finalmente llegamos y lo encontramos disminuido en su cama. Sentí mi corazón arrugarse al notar que debía despedirme de mi hermano. Es difícil describir el dolor que sientes ante lo inevitable. Me senté a su lado. Nos miró a cada uno, luego posó una mano en mi pierna y murmuró: "Tienes una hermosa familia. Estoy orgulloso... pero abrígate; el frio arrecia y no quiero que pesques un resfriado". Y así sin más, su cuerpo se apagó. Mi hermano, el mejor que alguien pueda desear, hasta su último aliento, cuidó de mí.

Capítulo 3

En el parque, una brisa me saca de mi letargo. Los dos pequeños dan carreras de un lado al otro, tratando de elevar aquel juguete de papel hasta que lo logran. Uno de ellos corre con más fuerza, mientras el otro le aúpa y emite instrucciones aerodinámicas. El niño piloto tropieza y cae. El otro corre hacia él y lo levanta rápidamente, antes de que la cometa pierda altura. Percato que estoy en la dirección que toman. Ver el ímpetu de su galopante andar, me provoca un leve golpe de nostalgia. Nunca he pensado con miedo en la muerte. Pero, siento que echare de menos estar vivo. Extrañaré caminar hasta este parque, para leer las novedades agridulces del periódico. Y, sobre todo, extrañaré caminar de regreso y encontrarme con la logística familiar, previa al almuerzo dominguero con Bea y su familia. ¡Caramba, sí que voy a extrañar las travesuras de mi nieto!

Los niños rodean nuevamente mi banqueta. Uno de ellos se sienta a mi lado y exhala orgulloso; ¡ya está volando! Lo miro y lo felicito con una palmada en el hombro. Percibo su cuerpo agitado y una sudoración excesiva. Solo que él, está lleno de vida. Distingo una pequeña marca en su pantalón a la altura de su rodilla. Seguramente fue alguna caída durante el ajetreado despegue. Aquella diminuta herida, me hace pensar en el riesgo de estar vivo. ¿Es realmente un peligro? Algunos somos muy precavidos al vivir. Espero no haber sido de esos. No sabría decir si disfruté suficiente. Mi aventura no fue una montaña rusa llena de temerarias subidas, ni vertiginosas bajadas. No hubo excesos de velocidad, o caídas al vacío. Visité paisajes maravillosos. Ciudades llenas de gente, algunas antiguas, otras modernas. Caminé por calles de pequeños pueblos, en países lejanos. Disfruté de buenas lecturas. Alguna película me hizo llorar. En mi copa no faltó el vino. Y, por las noches, encontraba paz en el vientre de una mujer maravillosa.

La vida no espera por ti. La vida es lo que ocurre mientras estas sentado en una banqueta. La vida corre sin pausas, ni descansos. La vida es sentarte con tu hermano a discutir el desempeño de los futbolistas sobrevalorados. Es dormir abrazado a la mujer que amas. Es ver a tu hija dormir por las noches. La vida es correr por el parque para elevar una cometa. Es un caudal de cosas pequeñitas, que te roban el aliento cuando las recuerdas y notas que ya no volverán. Esa es parte de nuestra naturaleza. Desfavorecemos el sabor del agua hasta que, muertos de sed, encontramos en un sorbo su delicia. Espero no haber vivido de esa manera. Espero haber gozado de cada momento y haberme tomado un instante para sentarme y observar con regocijo lo logrado, tal y como el niño a mi lado. Ver a mi hija crecer y saber que “ya está volando”. Viví atento de aprender del pasado y sin conocer que me deparaba el futuro. Pero, sobre todo, busqué hacer del presente un hecho memorable y

recordarlo al día siguiente.

Soledad, me dio el regalo más hermoso posible; Beatriz, mi hija. Quien desde antes de nacer, tenía prisa por comerse el mundo. Para ella, 7 meses fueron suficientes para llegar a iluminar todos los rincones de mi vida. Se convirtió en mi mundo. Por suerte, heredó la belleza de su madre. Nos tomó por sorpresa una madrugada, en la que apenas esperó entrar al hospital. El llanto de esa madrugada, sería la música de cada día a las 3:00 a.m. Literalmente, nos robó el sueño durante los siguientes 16 meses. Su apetito era increíble. Despertaba puntualmente todos los días y reclamaba atención. Los vecinos, nos indicaron el alcance de su potente chillido. Era asombroso. Pero, apenas alcanzaba la teta de Sole a su boca, un silencio similar al silbido posterior a una estridente explosión, llegaba a mis oídos. Una expresión angelical embargaba su rostro. Y yo, al ver mis dos chicas, me sentía el hombre más dichoso del planeta.

Entre ojeras y desvelos, llegó el día de llevarla por primera vez al colegio. Era una niña muy amigable. Asimilaba rápidamente todos los contenidos escolares. Desde siempre fue brillante y muy conversadora. ¡Oh dios, como hablaba aquella pequeña personita! Nunca paraba de hablar. Le gustaba acompañarme al parque los domingos. Algunas veces se involucraba en las pláticas desarrolladas entre su tío y yo. Era capaz de participar en cualquier conversación de adultos con mucha elocuencia. Podía tener gestos muy objetivos en su cara, mientras planteaba de forma muy crítica y ampliamente fundamentada, el por qué debía apartar de su comida los vegetales que no eran de su simpatía.

De pequeña, demostró su accidentada relación con la vajilla de su mamá. Sole, nos reprochaba a ambos la extinción de su cristalería. Sabíamos que era mi inversión genética en aquel pichón de gente. Durante su estadía en casa, Rómulo ayudó alguna vez a esconder algunos residuos producidos por Beatriz la adolescente, en sus intentos de aliviarle el trabajo a su madre. Le gustaba la cocina. Experimentaba con ingredientes y mezclas. Muchas veces nuestros paladares fueron víctimas de intentos fallidos. Otras tantas, la mayoría (debo reconocer), degustamos sabores increíbles, producto de su prodiga interpretación de cualquier receta que hubiera ensayado.

Fue muy fácil enamorarme de mi hija. Era fabulosa. Durante la preparatoria fue la primera de su clase, mientras asistía a su madre con las labores del hogar. No nos dio dolores de cabeza, además de los provocados por los insomnios de recién nacida. Saber que no la volveré a ver, me mata más que estar muriendo.

Bea, decidió hacer de la cocina su profesión y así involucrarse en la economía familiar, formando parte de nuestro pequeño comedero.

Consigo trajo nuevos ingredientes y, con ellos, nuevos clientes. Entre ellos, Juan; un chico trabajador y muy acomodado en el mundo del dinero. Sin embargo, demostraba tener los pies en la tierra todo el tiempo. Creo que caminaba sobre un pasado difícil, sin embargo su optimismo solo le permitía conversar en presente y en futuro; nunca en pasado. Hacía muy feliz a mi hija y eso era suficiente para mí. Era respetuoso y colaborador. Después de cada cena familiar, no tenía problemas en recogerse de mangas y encargarse de la recogida de la mesa, junto a su posterior limpieza.

Llevaban una vida muy bonita. Quiero creer que eso siempre será así. Aunque sé que el tiempo es bastante exigente con las parejas felices, he visto a este para crear juntos cosas hermosas. Su obra maestra, sin dudas; mi nieto. Un niño que nació con la sonrisa más bonita del mundo, capaz de arrugar el corazón del soldado más duro de cualquier ejército. Me atrevo a pensar que pondría de rodillas a todo el batallón y eliminaría de la tierra toda maldad. Así de poderosa es la sonrisa de mi nieto. Alguna vez he podido verle dormir y, a su alrededor, pareciera llenarse de paz con cada vez que exhala y emite ese leve zumbido. Es hermoso.

Estando acá sentado, pensando en mi nieto y esperando mi último respiro, no alcanzo a recordar cuando decidí que ya no quería ser niño. Tampoco recuerdo haberlo hecho. No recuerdo haber exteriorizado que ya querría “ser grande” o “hacerme mayor”. Pero sería muy engreído de mi parte, hacerme a la idea de no haber caído en el común error de querer crecer antes de tiempo y dejar atrás la niñez. Veo a 2 niños correr y volar y me doy cuenta que no será la primera vez que muera. Ya me vi morir una vez. Vi morir al pequeño de imaginación ilimitada y de felicidad incondicional, capaz de encontrar alegría en pequeñas cosas y, quizás, regalar alegría a las personas que me rodearan solo con sonreír.